

Unidad en la pluralidad
Prédica del P. Ulrich Schäfer

Unidad y pluralismo. La tensión que surge de ambos términos hace que la mayoría se pregunte: ¿Cómo podemos gestar la unidad?

Pero me parece que para nuestro Fundador, desde el principio, la otra cuestión fue por lo menos igual de interesante: ¿Cómo podemos gestar la pluralidad? La Obra de Schoenstatt, con sus numerosas Comunidades y grupos de proyectos e intereses, ¿no es una prueba de que su aspiración a un pluralismo viviente hasta es mayor que su aspiración a la unidad? Este acento me parece muy cercano al pensamiento de San Pablo: "Si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?", dice en atención a la pluralidad. De la unidad está seguro: "Aunque el pie diga '¡No soy la mano, no pertenezco al cuerpo!', sin embargo pertenece".

En una época en que el Fundador observó la tendencia a una cultura unilateral, a la nivelación, la masificación, la despersonalización, desde el principio puso el mayor cuidado en despertar, fomentar y cultivar lo original, lo personal, el pluralismo. Por el contrario, se preocupó de que todo lo que buscara la unidad no reprimiera rápidamente lo original.

En la Carta que el P. Kentenich escribió a la Dirección de los Pallottinos unas semanas antes de la Jornada de Hoerde y en la que pidió que lo liberaran para la tarea con el nuevo Movimiento, dice: "Para cada organizador hay dos posibilidades para alcanzar su meta. Puede presentarse públicamente con estatutos ya listos y alistar en una asociación a los que se sientan atraídos por eso. Pero también puede, en primer lugar, reunir en torno a sí almas espiritualmente emparentadas, impregnarlas con el espíritu correcto y entonces, con ellas y por ellas, hacer que se funde la organización. La tarea de la Federación Apostólica es tan elevada y la vida del alma de nuestros círculos educados tiene un acento y una peculiaridad tan fuertes, que sólo el segundo camino tiene visos de éxito".

Así fuimos fundados: En la medida de lo posible nada de cosas prefijadas y mucha libertad, con consideración a la original vida del alma; la organización debe desarrollarse después. Eso debería repetirse proporcionalmente en cada nueva fundación de la Federación.

Por eso, la primera pregunta que deberíamos plantearnos como comunidades de Federación es: ¿Vive en nosotros este amor al pluralismo? ¿Nos alegramos y fomentamos que quien se acerque sea distinto, que traiga nuevas ideas? ¿Nos conformamos realmente con transmitirles como únicas obligaciones las obligaciones de Federación a quienes se interesan en nuestra comunidad? ¿Todo lo demás, entonces, "con ellos y por ellos"? ¿O tendemos, antes de toda pregunta, a pasarles un par de leyes no escritas, las cosas sobreentendidas a las que tienen que ajustarse?: tal o cual oración son habituales entre nosotros, tienen que introducirse en tal o cual ideal de comunidad, de región, tal o cual vestimenta es para nosotros más o menos adecuada. Muchas veces, ¿no sabemos con toda exactitud qué es lo que los otros tienen que hacer por magnanimidad o espíritu de Familia?

En este contexto, quisiera poner esto a consideración: "La juventud actual es corrompida desde la base; es mala, impía y haragana. Nunca llegará a ser como la juventud de antes y nunca podrá mantener nuestra cultura". No es mi opinión; está en un fragmento de arcilla de hace cinco mil años. Una inscripción que nos dice hoy: la historia continúa. Podemos confiar en la próxima generación.

El amor al pluralismo supone confianza. Confianza en la vocación personal de cada uno. Confianza en la vocación original de cada próxima generación.

Obviamente que entonces también hay que preguntarse qué es lo que une a esta pluralidad, cómo reconocemos y cultivamos nuestra vocación común.

En la plática de nuestro Padre y Fundador para sus Bodas de Plata Presbiterales insiste en que Schoenstatt no es obra de él solo sino que es una obra común: "La Obra completa que surgió es tanto obra de Uds. como mía". Y explica lo que quiere decir: mantuvo innumerables conversaciones, pudo mirar hondo en las almas, y lo que allí encontró bueno y viviente, a eso le creó un ámbito para que creciera en Schoenstatt.

La consecuencia de este procedimiento fue: "Cada uno se redescubre a sí mismo, lo mejor de su alma, en la Familia, en todo lo que queremos". De una manera semejante, en nuestras comunidades tenemos que lograr la unidad a través de una vocación común, de un ideal común.

Ya citamos esta frase: "Impregnar las almas con el espíritu correcto". Suena un poco a adoctrinamiento. Pero para nada se trata de eso. "Impregnar las alma con el espíritu correcto" no significa inocular a otros un ideal de comunidad tradicional; tampoco presentárselos para que se decidan por él lo más rápidamente posible.

El P. Kentenich describe la tarea del educador en una comunidad de un modo inverso: captar lo que vive en cada alma y ayudar a ponerlo en relación con el ideal de la comunidad. Unidad y comunidad no surgen porque de cualquier manera se capte y acepte un ideal definitivamente ajeno. Surgen mucho más porque se descubre más y más que, en su vocación más originaria, se está vinculado con la vocación de la comunidad. En este contexto, el P. Kentenich escribe: "Porque ponemos poca importancia en los muros externos, debemos acentuar fuertemente estas instancias interiores plasmadoras de unidad".

Dos amigos están conversando: "Estuve en lo de un adivino". "¿Y?" "Llamé y preguntó por el portero eléctrico: ¿Quién es?" "¿Y?" "Entonces me fui, porque ¿cómo no lo adivinó?".

¡No somos adivinos! Sencillamente no sabemos quiénes son los otros, qué piensan, qué los moviliza, qué vive en ellos. ¡Los otros tampoco son adivinos! Por eso necesitamos escucharnos unos a otros y conversar abiertamente entre nosotros. Siempre de nuevo. La unidad crece por el intercambio vital. Dentro de cada comunidad de Federación como entre ellas. En el Evangelio contemplamos la imagen de la vid. En el patio de la casa del Obispo de Fulda crece una parra sobre uno de los lados del muro que lo rodea. Hace años el Obispo recibió la visita de un viñador y quiso saber de qué tipo era. Justamente no había racimos y el viñador dijo: "Sólo por la forma de las hojas no lo puedo saber. Hay que esperar hasta que haya uvas". Me parece que nos pasa lo mismo. En Schoenstatt no tenemos una unidad uniforme, que fácilmente permita predecir: Todo va a ser de tal o cual manera. Pero podemos hacer lo que nos dice Jesús: Permanecer en vinculación vital y confiar que el Padre cuida de la vid para que dé fruto abundante y multiforme.